

ENFRENTARNOS CON NOSOTROS MISMOS ES  
NUESTRA MÁS DURA BATALLA

# Allí Donde el Viento Espera

MAIA LOSCH

# **ALLÍ DONDE EL VIENTO ESPERA**

Maia Losch

TITULO ORIGINAL: *ALLÍ DONDE EL VIENTO ESPERA*

Segunda Edición: 2020

© 2020, MLB

ISBN: 9781005654597

Primera Edición: 2013

© 2013, sinerrata editores

A Berta y Sonia, mis  
abuelas

Es lo no dicho lo que se dice más alto.  
George Steiner

# Prólogo

Podría haber bebido mi café sentada en alguna escalinata de las tantas que había en el viejo edificio de la facultad de Humanidades y Ciencias, o en el aula misma; pero se me antojó aguardar a que alguna mesa se desocupara. Quedarme un rato en aquel bar. Me acerqué al mostrador. Pedí un café negro, corto y cargado; en vaso descartable por si acaso. El muchacho asintió, registró el pedido y cobró el importe. De pie en uno de los extremos aguardé a que otro, más corpulento y de aspecto dejado, preparara mi pedido.

La mayoría de los clientes eran estudiantes más jóvenes que mis hijas. Aún no me sentía del todo cómoda en aquel ambiente pues no era mi espacio habitual sino más bien lo contrario; nada más extraño a mí que una universidad.

Desde donde me encontraba podía escuchar de qué hablaban en las mesas más cercanas, en grupos de tres o cuatro adolescentes, y diferenciar con bastante claridad (con esa claridad que ofrece la experiencia de vida en algunos aspectos), quiénes eran novatos y quiénes habían pasado ya más de un invierno juntos congelándose en aquellas salas inmensas de pésima ventilación y acondicionamiento, con ventanas carentes de vidrios desde hacía ya demasiado tiempo; un tiempo sin fin aparente y del que nadie parecía ser responsable.

Los novatos como yo, guardaban mayor distancia física con su interlocutor y se sonreían más tímidamente. Los más experimentados, entusiasmados quizá por el reencuentro luego de las vacaciones (para algunos, extensas; para otros, breves), reían a viva voz y movían sus cuerpos con mayor intensidad al hablar; chocando con quien tenían al lado sin temor al roce y la proximidad. En una mesa cercana discutían sobre la nueva política impositiva, de la que no estaba al tanto.

Cursaba el primer semestre del primer año de Filosofía en la facultad de Humanidades y Ciencias de Montevideo. Me sentía emocionada y confundida. Emocionada porque estaba cumpliendo un sueño; y confundida porque, tal vez, Ezequiel tenía razón y estudiar a esa altura de mi vida era una pérdida de tiempo. “Un absurdo”, decía él. Habían transcurrido más de tres décadas desde la última vez que había tomado clases de algo — descontando el curso de confitería—, y nunca antes había pisado una universidad. No tenía idea de qué se esperaba de mí, ni qué debía hacer, ni cómo sería someterme a un examen y tener que estudiar toda la noche. Supuse que lo iría aprendiendo sobre la marcha. Esa idea de evolución posible, dinámica y permisiva me daba ánimo cuando las manos me sudaban de nervios, o las dudas se apoderaban de la poca seguridad que había reunido a lo largo de charlas interminables conmigo misma mientras cocinaba o hacía las compras; actividades que me sabía de memoria y realizaba sin necesidad de utilizar para ello demasiadas neuronas, materia gris o como-sea-que-se-llame lo que se usa en esos casos. Como un caballo que regresa por instinto a la caballeriza, o un piloto reconoce los botones adecuados para encender los motores de un avión, yo sabía —y sigo sabiendo— realizar ciertas maniobras de la vida diaria en piloto automático.

El tipo, el desaliñado, me dio el café en taza en lugar de en vaso descartable como había solicitado; pero entonces divisé una mesa vacía y no le di importancia al asunto.

—¿Azúcar? —pregunté.

—Ya tiene —respondió.

Haciendo equilibrio con mis libros, mi bolso y el pocillo de café, me dirigí a la mesa que se había liberado, deseando alcanzarla antes de que la ocuparan. Me sentí feliz de mi conquista hasta que descubrí que se tambaleaba. Nunca soporté que las mesas se tambaleen. Recorté el borde de una hoja de uno de mis cuadernos, la doblé varias veces hasta que tuvo un grosor considerable y la apoyé debajo de la pata dispareja. *Ahora sí*, pensé.

En la mesa contigua un hombre leía un libro. Sus cabellos eran negros y blancos, un tanto más largos de lo acostumbrado en los

hombres de su edad. Calculé que tendría pocos años menos que yo, que tenía entonces cuarenta y nueve. Alcé la tacita de cerámica blanca y bebí, observando al hombre a través de las volutas de humo que emergían de mi café. En la portada del libro leí: *Manual de introducción a la metafísica*. Recordé que había visto el mismo título en la bibliografía que nos habían entregado en una de las materias, aunque no tenía muy claro qué era la metafísica (quizá fuera por eso que lo recordaba). Sentí curiosidad. Bajé la taza y la apoyé sobre el platillo resquebrajado, blanco también él.

—¿Quién es el autor del libro? —pregunté.

Miró, un tanto sorprendido, en mi dirección. Tras un breve instante de silencio, cerró el ejemplar marcando la página con el dedo índice, que quedó atrapado.

—Bergson Henri —respondió.

Se incorporó, tomó su bolso y vino hasta mi mesa. Sin pedir permiso, se sentó. Colgó su bolso de cuero marrón sobre el respaldo de la silla, abrió el libro —liberando su dedo-marcador—, dobló el borde de la hoja formando un triangulito en el vértice y lo volvió a cerrar.

—Raúl —dijo, ofreciendo su mano derecha para estrechar la mía en señal de saludo.

—Ana —respondí.

## PRIMERA PARTE

### 1

Ezequiel salió de casa a la hora de siempre, llegó a la farmacia a las ocho de la mañana, trabajó hasta las doce, y regresó al mediodía para que comiéramos juntos. Entre las dos y las cuatro la farmacia estaba cerrada, como tantos otros negocios entonces; costumbre que se fue perdiendo con el paso del tiempo y el aumento de la competencia. El lema hoy en día parece ser “matate

laburando para poder vivir”, una ecuación contradictoria: uno trabaja más para estar al día y comprar cosas que no tiene tiempo para disfrutar porque se le va la vida trabajando. Un mundo de locos. A veces pienso que la vida es linda pero el mundo es feo, una cuestión incongruente (así somos).

Oí el ruido de las llaves, sus pasos al entrar y el sonido del portafolio al caer sobre el piso. Colocó las llaves del auto sobre el aparador de la entrada, como siempre (después de tantos años de convivencia hay ciertas cosas que una ya no necesita ver para saber con certeza), y dijo mi nombre tres veces mientras se dirigía al cuarto. No pude responder a su llamado pues los dientes me tintineaban, impidiéndome emitir un sonido comprensible. Dejé que me buscara. La casa no era tan grande después de todo. Me encontró en la cama, cubierta con una frazada demasiado gruesa para un verano tan cálido y húmedo, y temblando. Inútil en su inocencia e intentando comprender qué me ocurría antes de tomar acción, me miró desorientado. Se ubicó al borde de la cama, me tocó la frente y, buscando señales de violencia a su alrededor, preguntó qué me ocurría. Expliqué como pude que no lo sabía, que de pronto comencé a sentir un frío gélido y a temblar; que había querido llamarlo, pero no había podido. Las palabras salieron de mi boca entrecortadas. Tocó mi frente nuevamente, como si deseara que fuese una simple fiebre, algo fácil de atender, algo familiar, conocido. Se dirigió a la cocina por el termómetro y tomó mi temperatura. El mercurio marcó treinta y siete grados. No convencido, volvió a intentarlo. Me dejé atender sin quejas, desamparada. Volvieron a aparecer cifras dentro de la norma: lo mío no era fiebre. Pareció decepcionado. Fue por un vaso de agua y un calmante. Me acercó el vaso a la boca y me ayudó a beber. El agua escapó por las comisuras de mis labios; mis manos continuaban debajo de la frazada.

—Te llevo al hospital —propuso.

—No. Ayúdame a levantarme, me voy a dar una ducha caliente. Eso será suficiente.

Aguardé a que Ezequiel regulara el agua apoyada en el mármol del lavabo, cubierta aún con la manta sobre mis hombros. Me

ayudó a quitarme la ropa. A pesar de mi debilidad, tuve la energía suficiente como para quejarme de que no había suficiente agua caliente, que salía sin presión y que me congelaba. Ezequiel comentó que si tenía fuerzas para quejarme seguramente no me ocurría nada grave. Dudo que comprendiera qué fue lo que balbuceé exactamente, a qué me refería, pero era obvio por el tono de mi voz que estaba protestando; daba lo mismo si era el agua o el clima. Estaba enojada y eso era para él, aparentemente, un síntoma saludable. Cuando acabé me ayudó a vestirme. Quiso llevarme al salón. No acepté. Toda mi voluntad se dirigía a la cama, a volver a recostarme y recuperar la posición horizontal. Poco más tarde —un tiempo que no pude apreciar—, en vista de que mi estado no daba señales de mejoría, yo misma le pedí que llamara a un médico. Ezequiel insistió en ir al hospital y no perder más tiempo. Agotada, cedí.

En el ascensor, camino al garaje donde estaba estacionado el auto, nos cruzamos con la vecina del séptimo piso: una detestable solterona cuya misión en este mundo era difundir las últimas novedades de cada uno de los vecinos sin demora.

—Buenas tardes —dijo, estirando las letras, cuando nos vio entrar—. ¿Qué le pasa a la señora que se la ve tan demacrada?

—Fiebre —contestó Ezequiel, impaciente, intentando quitársela de encima de la manera más cordial posible.

—Y ¿por qué no llama usted al médico, entonces? —preguntó y me tocó la frente, como queriendo averiguar el nivel de gravedad. La sorpresa de tal movimiento no me permitió evitarlo—. Esta mujer no tiene fiebre —acotó—, está más fría que un muerto.

Llegamos a la planta baja, se despidió y salió. Me pareció ver una sonrisa de gozo en sus labios, aunque puede también que no lo fuera. Cuando uno tiene una idea armada de alguien no cambia mucho si ese alguien hace una cosa u otra, en realidad.

Media hora más tarde llegamos al hospital que nos correspondía según nuestro seguro social. Demoraron en atendernos porque estaban trabajando con poco personal a causa de un paro parcial y el edificio estaba repleto de carteles de protesta y panfletos. Finalmente llegó el médico y, según me

enteré después, empecé a decir insensateces, no lo recuerdo. Decidieron darme pase para el centro psiquiátrico. Cómo llegué al centro psiquiátrico tampoco lo recuerdo. La imagen que conservo, que soy capaz de visualizar, es de cuando me encontré en el consultorio: Ezequiel sentado frente al médico y yo caminando de un lado para otro dentro de la sala, arrastrando los pies. El médico solicitó algunos datos personales:

—¿Antecedentes de enfermedades mentales en la familia? —preguntó.

—La madre de Ana se suicidó —respondió Ezequiel.

—¿Alguien más?

—No que yo sepa.

—¿Medicamentos que Ana consuma de manera continua?

—Aspirina. Sufre de dolores de cabeza.

—Y ¿por qué se suicidó la madre de Ana?

—No lo sé.

—¿Qué pasó hoy por la mañana antes de que usted llegara a su casa? —preguntó el médico.

—Tampoco lo sé. Ana no me supo explicar. Nada en particular, que yo sepa...

Sentí pena por él y sentí pena por mí por sentir pena por él: o sea que lo odié.

—¿Y durante los últimos días?

—La semana pasada tuvo un accidente con el coche, en una avenida; atropelló a un perro.

¿Por qué Ezequiel le contaba aquello? ¿Y por qué me ignoraba el médico, como si yo no estuviera allí?

—¿Vio algún cambio en ella a raíz de este accidente?

—Parecía algo agobiada. La primera noche se despertó a medianoche, llorando, pero al día siguiente ya dijo estar bien. No hablamos más del tema.

—El reloj que cuelga sobre su cabeza creo que atrasa —comenté—. ¿Qué hora es?

El médico tomaba notas y, si mal no recuerdo, también apuntó esta intervención.

—Son las cinco y media de la tarde —me dijo, mirando su reloj de pulsera. Luego puso su cuadernillo sobre la mesa y se levantó—. Bien, la enfermera les indicará cómo siguen desde aquí —agregó.

Extrajo un formulario que firmó rápidamente, se lo entregó a Ezequiel y se dirigió hasta la puerta del consultorio. Con un sutil movimiento nos invitó a salir de allí. Nos acompañó hasta la recepción donde habló con una enfermera con tan bajo tono de voz que no conseguí escuchar qué le decía.

—No hay problema —dijo la enfermera.

Era regordeta, no debía de tener más de treinta años.

El médico se retiró. La enfermera lo vio partir con una mirada que me resultó demasiado intensa entre dos profesionales. Luego se volvió hacia Ezequiel:

—El formulario —solicitó. Y luego dijo—: Muy bien, ahora firmen aquí.

Puso un nuevo documento sobre el mostrador y marcó con uno de sus dedos el lugar exacto donde debía firmar. Tenía las uñas largas y pintadas de un llamativo tono carmesí. Nunca supe qué firmé.

Nos condujo hasta la habitación número seis, que fue la que ocupé esos días.

Si todos tenemos un número que parece estar empecinado en volver sobre nosotros como una maldición para marcarnos la vida, el seis era el mío. Detestaba ese número pues había marcado mi vida en varias ocasiones: un seis falleció mi madre, un seis se fue del país mi hija Clarisa y un mes seis, hace muchos años, me partieron el corazón por primera vez. Hay números que parecen estar esperando la ocasión propicia para hacerse presentes en forma de tragedia. Pregunté si era posible que me dieran otra habitación. Fue inútil: todas las demás estaban ocupadas. Amenacé con irme y no lo hice. ¿A dónde me iba a ir?

Por segunda vez ese mismo día, Ezequiel me ayudó a desvestirme y a ponerme el camisón que me facilitaron en el centro. Era celeste, fino, con la tela gastada, y contaba con solo tres de los cinco botones que debía tener, a juzgar por los ojales.

Me metí enseguida en la cama y pedí otra frazada. La enfermera trajo otra más gruesa y un inyectable que hundió en una de mis nalgas sin compasión. Supe que al día siguiente me dolería el trasero. La mujer salió. Toqué mi rostro y noté que estaba frío. O tal vez fuesen mis manos. Ezequiel me sonrió apenado, lo vi en sus ojos. Luego miró al piso. Sentí mis párpados pesados.

## 2

Como todos los domingos luego del almuerzo, Ezequiel se acostó a dormir una siesta en el sillón de la sala. Haciendo el menor ruido posible, tomé las llaves del auto del aparador y salí.

Había acordado con Raúl en preparar juntos un trabajo para la materia de lingüística. En teoría, Raúl debía haberla cursado ya; pero como no lo pudo hacer en su momento, la dejó para más tarde y terminamos siendo compañeros de ese curso.

Encontré estacionamiento a dos cuadras de su casa. Era invierno y el frío había alejado a la gente de la calle. Algunos aprovecharían el cobijo de las mantas para hacer el amor. Otros, estarían jugando al Scrabble, o mirando una película, o discutiendo. Hay muchas maneras de matar el tiempo dentro de una casa; algunas mucho más interesantes que un paseo por la naturaleza, aunque todos se empeñen en decir lo contrario. Apagué el motor y me apeé del auto. Caminé media cuadra y volví sobre mis pasos pues no estaba segura de haber apagado las luces. Si siempre había sido medio distraída, ahora lo estaba más producto de la ansiedad del encuentro. Hasta entonces, no me había encontrado con Raúl fuera del edificio de la facultad. Constaté una vez más que todo estuviera en orden y volví a hacer el mismo camino hasta llegar al edificio indicado. Busqué el apellido Sentún en las casillas de correo. Segundo piso, 2B. Toqué el timbre del portero eléctrico.

—Soy yo —dije cuando preguntó quién era. Por simple idiotez, consideré que era obvio que no esperaba a nadie más que a mí.

Pasé al recibidor del edificio y, en el ancho espejo antes de subir, revisé mi aspecto. *Estoy vieja*, pensé. Mi cabello estaba ordenado, no en exceso, era importante ser sutil. Eso creía: que lo significativo en esas circunstancias era mostrar sin que se viera, la palabra lanzada al aire para ser atrapada antes de caer, el murmullo discreto cercano al oído, el perfume que endulza sin

sofocar. *Estoy vieja*, volví a pensar. Una descarga de electricidad atravesó mi columna vertebral como si estuviese a punto de ser lanzada desde la ventana de un séptimo piso a la calle. Frente a la puerta de entrada de su casa, un segundo antes de golpear, apareció Raúl sonriente y descalzo.

—Vení, pasá —dijo, inclinando la cabeza a un costado, señalando en el movimiento el sitio de ingreso a su hábitat—. Me alegro de verte —agregó.

—¿Descalzo? ¿Con este frío?

—Losa radiante.

Lo encontré tan fresco y espontáneo que me sentí confusa. Deseaba quizá percibir sus nervios, como si esto fuese una señal de incomodidad, una confirmación de que mis sospechas eran ciertas: para él la ocasión resultaba tan especial como para mí. Concluí que su paz era la demostración de lo contrario y, casi automáticamente, devino la calma. Si Raúl no estaba tenso era porque yo no había interpretado bien la invitación y no había motivo alguno de creerme en peligro. Este cálculo debe haber durado unos dos minutos; el tiempo que me llevó colocar los libros sobre una mesa redonda de madera rayada. Alrededor había cuatro sillas, cada una de un estilo diferente.

Me ofreció un café y me dio libertad para recorrer su apartamento.

—No te asustes del desorden; un hombre soltero no repara en ciertas cosas —dijo.

En total no debía de tener más de setenta metros cuadrados. No es que yo sea gran conocedora de medidas inmobiliarias, pero me pareció que era una tercera parte del tamaño de mi casa, cuyas dimensiones conocía de memoria de tanto limpiar sus rincones a lo largo de décadas. Cuando llegué a su dormitorio, apareció tras de mí y me acercó la taza de café. La abracé con mis manos para entrar en calor.

—Pequeño y acogedor —comenté.

Raúl sonrió, supongo que encontró graciosa la frase.

Tenía una cama de dos plazas hecha de madera oscura, demasiado grande para el tamaño de la habitación en la que casi

no había el armario. No era una cama moderna, tampoco era antigua, era simplemente una cama sin estilo. Una pila de ropa cubría un banquito que apenas resultaba visible bajo la montaña de prendas. Vi también varios pares de medias dispersos por el piso, y en la mesita de luz libros formando una desproporcionada columna más alta que la cabecera de su cama.

—¿Qué lees? —pregunté.

Me acerqué y tomé uno de los libros. Le di la vuelta y leí la contratapa. No reconocí al autor.

—Tengo varios empezados —dijo—. Soy muy desordenado para leer.

—Veo que no solo para leer —comenté sin pensarlo.

—Vaya, no, es cierto.

En un extremo del techo, una mancha de humedad tan grande como para no pasar desapercibida, llamó mi atención. Mis ojos se clavaron en las alturas. Se abrió mi boca y dijo:

—“Frente a mi vieja camita de jacarandá, con un deforme manojo de rosas talladas a cuchillo en el remate del respaldo, las lluvias fueron filtrando, para mi regalo, una gran mancha de diversos tonos amarillentos, rodeada de salpicaduras irregulares capaces de suplir las flores y los paisajes del papel más abigarrado. En esa mancha yo tuve cuanto quise”.

—*La mancha de humedad* —reconoció al instante—; Juana de Ibarbourou.

—Me lo sé casi de memoria, al menos la primera parte. Lo leí cientos de veces. A mi madre le gustaba mucho.

Mi regalo fue su sonrisa y el descubrimiento de que teníamos algo más en común, algo tan común como íntimo, esa complicidad que surge —al menos en los comienzos— cuando se comparte el gusto por algo que está cargado de significado para ambas partes, o cuando alguna de las partes cree que la tiene para el otro tanto como para uno, y surge en consecuencia la ilusión —que tan pocas veces termina de confirmarse en la realidad— de que existe una unión profunda y significativa entre dos almas, la nuestra y la del otro en este caso, que deja de ser “otro” unos instantes para

convertirse en “mi otro yo”, o eso quisiéramos, para no sentirnos tan solos y desamparados.

De la pared del salón colgaban cuadros pintados con una paleta demasiado oscura para mi gusto.

—¿Esos cuadros? —pregunté—. ¿Tuyos?

—Regalo de amigos; artistas frustrados que se terminaron de convertir en burgueses a fuerza de la necesidad.

—Cada uno se miente como puede —dije—. Yo soy una experta en eso.

Me arrepentí al instante de haber pronunciado estas palabras. No era la primera vez que me ocurría abrir la boca de más y desear no haberlo hecho; pero Raúl no pareció percibir mi molestia o no fue sorprendido por mi comentario, y continuó hablando de sus cuadros y de sus amigos (asunto que en ese momento no me interesaba lo más mínimo), perdiendo el hilo de la conversación de a ratos. Fue entonces que se me ocurrió que tal vez su aparente tranquilidad no era tal porque hablaba demasiado, mucho más que de costumbre. Quizá Raúl hablaba por el mismo motivo por el que yo callaba.

Tomé asiento en una de las cuatro sillas que coronaban la mesa redonda. La biblioteca abarcaba todo el largo de una de las paredes del salón. Es posible que no fuera tan grande como me resultó aquel día, pero su casa era tan pequeña que los objetos cobraban allí una dimensión extraña. De todas maneras, su biblioteca era el mueble más importante de la casa, casi como una mascota cuyo pelaje estaba compuesto por cada uno de los libros que cabían en sus estanterías. Raúl, lo supe con el tiempo, acostumbraba a escribir en sus páginas, no usaba marca libros pues con doblar sus bordes le alcanzaba (tal como hizo aquel primer día en la cafetería), los abría hasta que las páginas estaban a punto de descoserse del lomo. Era entonces cuando se detenía, en una suerte de arrepentimiento misericordioso, como si estuviera infligiéndole daño a un ser vivo. Decía que los libros hay que vivirlos, y él los vivía hasta casi matarlos.

Y mientras yo observaba su biblioteca y medio ambiente él llenaba el aire de palabras que yo ya no escuchaba. De repente se

quedó callado.

—Se me acabó la cuerda. Vas a tener que ayudarme —dijo.

—¿Ayudarte?

—Vos no viniste a estudiar y yo no te invité para hablarte de mis amigos, Ana.

—Estudiemos entonces.

Busqué sobre la mesa mi ejemplar de Ferdinand de Saussure que estaba demasiado cerca como para no ser visto. Estiró su brazo y acercó el manual hasta que quedó frente a mis ojos.

—Aquí está lo que estás buscando —dijo—. No te esfuerces más.

Me sentí muy a disgusto en aquella situación; incómoda, sobre todo. No tomé el libro. Ni siquiera me molesté en abrirlo para disimular mi molestia, no serviría de nada. Raúl aguardaba de mi parte alguna clase de reacción que yo no era capaz de producir. Lo único que se me ocurrió fue pronunciar las siguientes palabras:

—Dame un cigarrillo, por favor.

—Se me acabaron —dijo—. No sabía que fumaras...

Me levanté, tomé mi bolso, dejé el libro sobre la mesa y me acerqué a la puerta. Creo que no sabía lo que hacía; en realidad hacía años que había dejado de fumar. La intención era huir. ¿Qué hubiese ocurrido si Raúl hubiese tenido cigarrillos?

—Vuelvo en cinco minutos —prometí.

Podría asegurar que se acercó a la ventana para ver a dónde me dirigía. Claro que Raúl no era tonto: yo ni siquiera le había consultado cuál era el kiosco más cercano abierto en esa zona un domingo.

Al llegar al auto me recosté sobre el respaldo del asiento. Tenía la respiración acelerada y sostenía fuertemente el bolso entre mis manos como si hubiese conseguido escapar de un robo. Las venas de mis sienes presionaban los pequeños hundimientos de mi cráneo como si me hubiesen clavado un trozo de metal afilado. Incapaz de asumir la situación, manejé sin destino concreto hasta que se hizo necesario volver a casa.

Ezequiel miraba absorto un partido de fútbol que transmitían en directo; un clásico.

—Volviste temprano —dijo, sin apartar la vista del aparato.

Me acerqué, le di un beso en lo que quedaba de lo que había sido una abundante cabellera, y me fui a duchar. Quería estar sola. Me sentía culpable; culpable por haberme ido así de casa de Raúl, sin una explicación. Y sabía que también me habría sentido culpable si me hubiese quedado. Pero la carga más pesada resultaba el claro reconocimiento del deseo: deseo de haber tenido el coraje de quedarme. Me faltó valor, pero no pude distinguir qué clase de valor me hacía falta, si el de traicionar a Ezequiel o el de enfrentarme a Raúl; o era el mismo para ambos. ¿Qué era la fidelidad después de todo? Y ¿a quién? ¿A Ezequiel o a mí misma? ¿A quién le debía ante todo fidelidad? Y ¿qué podría haberle explicado a Raúl? Decirle ¿qué?, ¿que tengo miedo? ¿Y si se hubiese referido a algo totalmente distinto a lo que yo suponía? ¿Y si no se le hubiesen acabado los cigarrillos? Porque todo había sido una miserable coincidencia de falta de nicotina momentánea por su parte; lo que, además, bien podría haber sido una señal de que nada debía ocurrir: Raúl jamás se quedaba sin cigarrillos. Podía ser que me hubiese mentido, que a último momento se hubiera arrepentido y hubiese adivinado mi intención. Todo era posible; todo es posible cuando no hay respuestas; nada más que preguntas.

El agua tibia se fue mezclando con mis pensamientos absurdos, desplazándose por mi cuerpo, calmándolo.

Del salón acudió un entusiasta grito de *goooooooooool* que me devolvió a la realidad. No tenía sentido seguir dándole vueltas al asunto. *En realidad, pensé, no pasó nada.*

Con una toalla en la cabeza y otra cubriéndome las carnes me observé en el espejo, antes de vestirme. Mi cuerpo no era como para lucir desnudo frente a un desconocido: mi panza había perdido tersura y las marcas de los embarazos me habían regalado varios ríos secos; tenía los senos caídos a causa de la fuerza de la gravedad; los brazos fofos; las piernas cruzadas por venas de un llamativo color púrpura. Tras las arrugas de mi rostro, sin embargo, aún conseguía ver a la niña que había sido. Si lo pensaba bien, si me escuchaba, en realidad había quedado

detenida en algún sitio entre los quince y los veinte años. Luego, mi cuerpo había envejecido, las responsabilidades habían aumentado, me movía según los objetivos diarios que la vida me había asignado, pero algo había pasado de largo en un roce casi imperceptible; llevándose la belleza a cambio de experiencia. *¿Para qué necesito tanta experiencia si no puedo usarla para reparar los errores cometidos?*, me dije.

—¿Estás bien? ¿Qué pasa que demoras tanto? —preguntó Ezequiel a gritos desde el sofá, cuando el partido hubo terminado.

—Sí, ya salgo.

Hacía casi una hora que me había entrado a duchar.

### 3

Doce horas fue lo que dormí la primera noche en el hospital. Doce horas que pasaron, sin registro alguno de actividad cerebral consciente ni sobresaltos. Mis noches no solían ser de esta manera; me despertaba varias veces y no volvía a conciliar el sueño hasta mucho más tarde. Quizá no fuera tanto, pero así se siente la oscuridad cuando todos los demás duermen o los creemos dormidos; la desesperación de saber que los demás gozan de un beneficio que nos fue arrebatado injustamente. Utilizaba ese espacio de tiempo, esa intermitencia nocturna, para ir al baño o dar vueltas en la cama de un costado a otro, buscando la posición adecuada que prometería hundirme de regreso en la fase anestésica del sueño. Pero en el hospital los calmantes hicieron efecto y las horas se fueron hasta la mañana siguiente, sin pausa. Cuando desperté encontré al lado de la cama un bolso que reconocí sin dificultad: negro con rayas blancas y un parche de un viejo remiendo en color azul oscuro. Y encima, un sobre con una carta de Ezequiel que me resultó difícil de leer pues no tenía los lentes conmigo.

*Querida Ana,*

*Ayer te dormiste enseguida y me fui a casa a traerte algo de ropa y tu cepillo de dientes. No me dejaron quedarme. Vengo mañana a verte a primera hora. Besos, Ezequiel*

*P.D: portate bien.*

Me senté despacio, con movimientos torpes, y abrí el bolso. Allí no estaban ni mis lentes, ni la pasta de dientes, ni un cepillo para el cabello; solo ropa y el cepillo de dientes. Percibí mejoría en mis manos, los temblores se habían reducido bastante.

Me acerqué a la ventana, desde donde se veía la plaza de estacionamiento. No era precisamente la vista que hubiese deseado, pero al menos no daba a un cementerio.

En la habitación había dos camas; la que ocupaba yo y otra que se encontraba vacía, lo cual era una suerte pues no me sentía con ánimos de compartir nada con nadie. Sentí urgencia de llamar a Raúl y ponerlo al tanto de mi estado. Aún no estaba enterado de mi situación. Fui hasta la recepción y pregunté por un teléfono público.

—Hay uno aquí, en este piso, pero está roto —dijo la enfermera.

—Lo cual no es de gran ayuda... —repliqué—. Y ¿dónde puedo encontrar otro?

—Afuera, pero usted no tiene permiso para salir.

—Y si quiero avisar a alguien, ¿cómo se supone que hago?

—Cuando su esposo la venga a visitar, le pide a él que avise a quien usted quiera —dijo, torciendo la cabeza y apoyando los brazos sobre el mostrador—. ¿Entiende?

*Entiendo que no tengo cómo avisarle*, pensé. Me di media vuelta y me retiré ofuscada.

Ezequiel llegó a media mañana. Yo estaba sentada en un rincón de la habitación, en una poltrona marrón. Se acercó a mí y reparé en su andar lento y su cuerpo algo pasado de peso.

—Estás gordo —dije.

—¡Oh! Me encanta que me recibas así —comentó irónico.

—Es que de pronto me llamó la atención.

—Es tu culpa, cocinás muy bien —dijo. Luego me entregó un ramo de rosas.

—Gracias, pero no hay florero.

—¿Cómo pasaste la noche?

—Creo que bien. Es una pena que no hayas traído un jarrón para las flores. ¿Qué creías, que aquí te los ofrecen de regalo?

—¿Comiste algo? —preguntó—. Mañana traigo uno.

—También faltaban muchas cosas en el bolso.

Tomó las flores de mis manos y las apoyó sobre la mesita demasiado blanca e insulsa que estaba al lado de mi cama. La idea de dejarlas allí, tiradas, sin agua, me causó suma molestia. Cuando

se dio la vuelta y vino hacia mí, reparé en su sonrisa estática de exasperante falsedad. Así era siempre cuando no sabía muy bien qué hacer o qué decir, cuando estaba incómodo: sonreía, como si le hubiesen dibujado una raya en el sitio de la boca con un crayón indeleble. Intenté no mirarlo directo a la cara mientras conversamos, no quería agredirlo y conocía mis impulsos. Oh, yo ya no era una chiquilla, me conocía lo suficiente como para saber que podía ser arisca, como un gato lastimado sin herida visible. Lo que aún no había aprendido era a controlar esos arranques verbales que hacía harapos a quien estuviera cerca (que solía ser Ezequiel). Así manifestaba yo mi desasosiego, con la palabra como arma de destrucción, sin intención precisa —como el manotazo del ahogado—, surcando mi camino hacia el infierno. De modo que, intentando controlar mi malhumor, aparté la vista del origen de mi perturbación. Callé y lo dejé hablar todo lo que quisiera, que no fue mucho. Ezequiel nunca fue un gran conversador.

Le pedí que no comentara el tema de mi internación con las niñas, que ya eran mujeres, pero para mí seguían siendo pequeñas. Dalia tenía treinta y uno y Clarisa veintinueve. No sería difícil ocultárselo puesto que hacía varios años se habían ido del país. La distancia sería, por primera vez, una ventaja. A Ezequiel no le gustó la idea; no estuvo de acuerdo en ocultarles algo tan importante e intentó convencerme de lo contrario. Mi defensa fue la siguiente:

—Tus hijas igual van a ocultarte cosas, no importa cuánto vos les cuentes o no de mi estado de salud, si esa es tu idea. No existe un justo intercambio de información con los hijos, y menos con tus hijas, vos ya las conocés... no pretendas que al no ocultarles nada ellas no lo harán tampoco. Es un error —dije—. Y, además, es mi cuerpo, *mi* salud, y yo te pido que no lo comentes con nadie. ¿Cómo se supone que debo explicarles a ellas algo que ni siquiera puedo explicarme a mí misma? —agregué.

Su silencio pareció ser una forma de aprobación; sabía lo difícil que era para Ezequiel decir una frase muy corta y sencilla: “tenés razón”. Me di por satisfecha y cambié de tema.

—¿Cómo te fue hoy en la farmacia? —pregunté.

—Bien —dijo.

Recuerdo que sentí ganas de abofetearlo. Desvié la vista hacia otro sitio e insistí en mantenernos ocupados en algún tema irrelevante.

A la farmacia iba muy de vez en cuando. Al principio de nuestro matrimonio le había aconsejado en varias ocasiones cómo decorar mejor el espacio, dónde colocar las estanterías o las góndolas, qué productos resultaban más llamativos para que las mujeres se vieran tentadas a comprar. Pero mi voz no influyó en ningún aspecto y poco a poco fui dejando de interesarme. Como el negocio funcionaba bien (según la información con la que yo contaba y lo que consignaba en la cuenta bancaria) sin mi intervención, me acostumbré a que ese fuera un terreno en el que solo Ezequiel tenía autoridad. No negaré que esto era muy cómodo para ambos.

No hablamos mucho durante su primera visita. De hecho, hacía años que ya casi no hablábamos, tal vez desde que las niñas dejaran la casa. O tal vez de antes; había perdido la cuenta y olvidado los motivos de nuestro distanciamiento. Lo que no conseguí olvidar nunca fue la sensación en sí de desasosiego, de soledad y pérdida, frío y desarraigo. El cuerpo tiene una memoria aparte, separada de las imágenes cerebrales concretas, que se reaviva ante determinados detonantes: una frase, un color, una palabra o un gesto. Imposible calcular con anterioridad cuándo aparecerá la tristeza —súbita como algunos tornados—, a causa de algo que no conseguimos reconocer con facilidad; como cuando decís "estoy triste pero no sé bien por qué", y das marcha atrás en tu mente buscando la respuesta en los acontecimientos de las horas anteriores, cosas que te dijeron o que hiciste a lo largo del día, sin poder detectar el momento exacto en que surgió ese sentimiento de pena que te pisa los talones. La mayor parte de las veces son cosas sin importancia aparente. Pero ahí va uno cargando consigo mismo; hasta que otro acontecimiento, a veces tan tonto como el primero, nos saca del pozo y nos hace sentir mejor, activando algún proceso que nos lleva al olvido de la pesadumbre, haciendo que ya no pese tanto. La pena puede ser el

resultado de una combinación de iluminación y movimientos. Daré un ejemplo: cuando algunas tardes, Ezequiel, sentado en una de las sillas del comedor lustraba sus mocasines en penumbra, yo me angustiaba. Afortunadamente no era algo que hiciera seguido.

Antes de retirarse, ese mediodía, le pedí que me trajera algunos libros, mis lentes, una libreta de apuntes, pasta de dientes, un jarrón y una lapicera. A la tarde volvió con los libros, la libreta, la pasta de dientes y un par de medias totalmente innecesarias. Pero sin los lentes, sin la lapicera y sin el jarrón.